



En Memoria de Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Selección de texto realizada para la “Cadena Fraternal”, Página editada con los auspicios de la Respetable: Logia: Simbólica: “La Fraternidad Nº62” de Tel Aviv, Israel

Plancha 1024

ALTAS CUMBRE 127.

VALLE LA REINA

SANTIAGO DE CHILE.

V.:M.:

QQ.:H.:H.:

OBJETO DE LA FILOSOFÍA

LA REFLEXIÓN, LA DUDA, LA CRITICA Y EL DIALOGO EN EL CONOCIMIENTO FILOSÓFICO.

Desde la Antigüedad se señala como origen del filosofar la admiración, la extrañeza. En efecto, la mera presencia y la ordinaria frecuentación de las cosas pueden suscitar un interés cognoscitivo que procure descubrir sus modos y comportamientos; pero la radicalización de ese interés hasta el punto de convertirse en la postura filosófica sólo es posible cuando las cosas, aun las más habituales y cotidianas, nos admiran y sorprenden, nos persuaden de que así como son podrían no ser, de que maneras y atributos podrían ser diferentes de como son. En suma, una radical problematización, un ponerlo todo en

cuestión (en duda), es la condición primera del filosofar. Sin embargo, en la postura ordinaria o no filosófica nos hallamos habituados a las cosas tal como se nos manifiestan; nos parece natural que el mundo, sea como es, lo aceptamos implícitamente y sólo nos preocupa especificar sus modos y aspectos en la medida conveniente para orientarnos en él para acomodar nuestra vida a su realidad patente. En la posición filosófica, en cambio, nada nos parece normal y justificado por el mero hecho de su existencia; lo ponemos todo en discusión porque todo se nos aparece de primera intención discutible y como tal lo mantenemos mientras no nos ofrezca sus razones o justificaciones. Es así que, el primer paso del filosofar consiste en extrañarse de lo dado, de lo espontáneamente conocido, en una doble significación de esta palabra

“extrañarse”: como extrañeza o sorpresa de que las cosas sean y de que sean como son, y como un extrañamiento como externo y ajeno a nosotros, como realidad respecto a la cual hemos suprimido todos los lazos que nos ataban a ella y que podemos ver por lo tanto con ojos nuevos y limpios, como si de repente se alzara ante nosotros. El filósofo se extraña, pues, de la realidad para convertirla en problema, suprime su ordinario trato con ella para verla tal como es.

(Fco. Romero pp16, 17.)

Desde otro punto de vista, se dice que la filosofía es saber sin supuestos, esto es, un saber que no reconoce ninguna presuposición, ninguna base admitida de antemano. Esto la distingue de la ciencia, en la cual se aceptan supuestos comprobados.

En el saber vulgar, CONOCIMIENTO VULGAR, la realidad tal como nos es dada es el supuesto más general. En el saber científico, se presupone la existencia del mundo, la del espacio y el tiempo, la capacidad cognoscitiva de

la razón y la validez de los grandes métodos. La filosofía convierte todo esto en problema, con muy distintas soluciones.

El diálogo há sido con frecuencia una forma de expresión filosófica o científico- filosófica; ejemplos al respecto hallamos en Platón, San Agustín, Cicerón, Galileo, Berkeley, Hume y, por supuesto, Sócrates (a través de Platón). A veces la forma de diálogo se halla oculta en un aparente discurso continuo. Así se ve en Plotino, que se pregunta y se responde a sí mismo con frecuencia en forma “dialógica”.

El diálogo filosófico no es una forma literaria entre otras que pudiesen igualmente adoptarse; responde a un modo de pensar esencialmente no “dogmático”, esto es, a un modo de pensar que procede “dialécticamente”. Por eso hay una estrecha relación entre estructura dialógica y estructura dialéctica del pensar. Según Platón, el que sabe preguntar y responder es el práctico o especialista del diálogo, esto es, el “dialéctico” (Crat. ,390. c.) Platón sostiene que la contemplación por el alma de la realidad inteligible es efecto del conocimiento del “arte del diálogo” (Rep. VI. 511. C), el cual es distinto, y hasta opuesto, a la controversia sofística, donde el diálogo es mera disputa y no proceso cognoscitivo. En el proceso dialógico o dialéctico hay división y generalización (Phaed., 266B): el diálogo es un método riguroso de conceptualización. Hay que distinguir el diálogo falso (calificado de “monólogo”) es aquel en el cual los hombres creen que se comunican mutuamente, cuando lo único que hacen en verdad es alejarse unos de otros. La otra forma de diálogo es el auténtico, (implique o no comunicación por medio de palabras) es aquel en el cual se establece una relación viva entre personas como personas.

La noción de diálogo ocupa un lugar central en várias direcciones de la hermenéutica contemporánea. Collingwood había ya puesto de relieve que un problema no puede resolverse si no se entiende, y no se entiende si no se sabe

qué clase de cuestión plantea. La pregunta y la respuesta se hallan de este modo íntimamente vinculadas. Hans-Georg Gadamer- que ha reconocido el precedente de Collongwood de una “lógica de la pregunta y la respuesta”- trata de desarrollar esta lógica pero sin limitarla a la comprensión del pasado histórico. Pregunta y respuesta circulan, por así decirlo, dentro del diálogo

(Gerpräch) hermenéutico y adquieren su sentido dentro de este diálogo. Pero, además , la llamada “ respuesta” no cierra el círculo, sino que lo abre de nuevo, ya que entender (comprender) una pregunta es, a su vez otra pregunta. Puede hablarse de una “dialéctica de la pregunta y la respuesta” (Wahrheit und Methode, 2, edic.,1965, pág 359).

Esta dialéctica es un intercambio entre un sujeto que pregunta y un “objeto” que se desvela o revela al sujeto, pero sólo porque el sujeto está, por así decirlo, dispuesto a escuchar lo que el “objeto” dice. El “decir” es una relación de la que el sujeto y el objeto son sólo abstracciones. El diálogo resulta ser por ello un “acontecimiento”; su estructura lingüística es un reflejo de su estructura ontológica.

Continuando con nuestro objetivo, pasaremos a tratar “la duda”, que significa primariamente “vacilación”, ”irresolución”, ”perplejidad”. Estas significaciones se encuentran ya en el vocablo latino dubitatis. En la dubitatio hay siempre (por los menos) dos proposiciones o tesis entre las cuales la mente se siente fluctuante; va, en efecto, de una a otra sin detenerse. Por este motivo, la duda no significa falta de creencia, sino indecisión con respecto a las creencias. En la duda hay un estado de suspensión del juicio. Puede decirse, pues, que la duda es la actitud propia del escéptico, siempre que entendamos a éste en nada, sino como el que pone entre paréntesis sus juicios en vista de la imposibilidad en que se halla de decidirse.

Dentro de esta significación general, la duda- o mejor dicho, el estado de duda puede entenderse de varios modos. Estas se reducen a los siguientes: 1) la duda como actitud; 2) la duda como método y 3) la duda como elemento necesario para la fe. La duda como actitud es frecuente entre los escépticos griegos y los renacentistas. Es también bastante habitual entre quienes, sin pretender forjar ninguna filosofía, se niegan a adherirse a cualquier creencia firme y específica o consideran que no hay ninguna proposición cuya validez pueda ser probada de modo suficiente para engendrar una convicción completa.

La duda como método há sido empleada por muchos filósofos. Hasta se há dicho que el método filosófico por excelencia en tanto que la filosofía consiste en poner en claro todo género de “supuestos” - lo cual no puede hacerse sin someterlos a la duda. Sin embargo, solamente en algunos casos se há adoptado explícitamente la duda como método. Entre ellos sobresalen San Agustín y Descartes: el primero en la proposición Si fallor, sum, por la que aparece como indudable la existencia del sujeto que yerra; el segundo en la proposición cogito ergo sum, por la que queda asegurada la existencia del yo dubitante. En estos ejemplos puede decirse que la duda es un punto de partida, ya que la evidencia (del yo) surge del propio acto del dudar, de la reducción del pensamiento de la duda al hecho fundamental y aparentemente innegable que alguien piensa al dudar.

La duda como elemento necesario a la fe consiste en suponer que la fe auténtica no es un mero creer en algo a ojos cerrados, sino un creer acompañado de la duda y en gran medida alimentado por la duda.; Unamuno destaca entre ellos. Según Unamuno, en efecto, una fe que no vacila no es una fe: es un mero automatismo psicológico. Por consiguiente, en esta idea de la duda la fe y la duda son inseparables.

La capacidad de pensar, reflexionar y aún más una reflexión filosófica, nos ha hecho libre al hombre, hecho que interrumpe el cortocircuito de la respuesta inmediata al estímulo inmediato (que hoy es, ante todo, un estímulo artificial: la propaganda).

Pero nadie inventa el pensamiento: pensamos con palabras aprendidas y cargadas de significaciones seculares. Nuestra mente es muy antigua- hasta demasiada antigua-, aunque ella misma la ignore.

Toda una larga tradición revive en cada palabra que se pronuncia. ¿Cómo, entonces, puede desencadenarse un pensamiento creativo? Sólo, quizá, tomando conciencia de esa tradición que nos conduce, para poder criticarla y asumirla o rechazarla. La História de la Filosofía muestra que los mayores filósofos hicieron así. El valor de esta historia no consiste, pues, en que lo sea “del pasado”, sino de las raíces “del presente”. Es una arqueología que nos hace conocer el suelo que pisamos.

En otras palabras el sentido es la liberación del pensamiento hacia el futuro a través de la indagación de los primitivos veneros que lo alimentan; naturalmente es una tarea compleja. Nietzsche escribió que “nunca un filósofo ha expresado en libros sus opiniones auténticas y últimas: ¿no se escriben libros precisamente para ocultar lo que escondemos dentro de nosotros? Toda filosofía esconde también una filosofía; toda opinión es también un escondite; toda palabra, también una máscara”. Por tanto, nunca se llega hasta el fondo, y toda interpretación es provisional. Todo libro- también éste- crea una trampa: la de inducir a creer que “ya está todo dicho”, y como es sólo un libro sobre otros libros, únicamente debe encaminar hacia la lectura de estos últimos, los de los filósofos sobre los que en él se habla.

Para una adecuada reflexión filosófica debemos situar la filosofía en su contexto cultural, tener conocimiento del autor (es), que se consideran

fundamentales. Comprender su propio pensamiento. Ir à la lectura de la obra (as) fundamentales etc. Ningún filósofo puede sentirse satisfecho al concluir - de momento- su obra. Únicamente le cabe formular el deseo de que no haya añadido “una máscara más”.

Carlos Maurin

S:.F:.U:.